

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen
Volume **49**

Número
Number **2**

Marzo-Abril
March-April **2006**

Artículo:

Editorial. Reflexiones retrasadas

Derechos reservados, Copyright © 2006:
Facultad de Medicina, UNAM

Otras secciones de este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

Others sections in this web site:

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



medigraphic.com

Editorial

Reflexiones retrasadas

Manuel Quijano

Ya he advertido que, debido a los tiempos de imprenta, los comentarios de esta columna son escritos dos o tres meses antes de que aparezcan y se hallan desfasados al leerlos, del estado de ánimo del autor al pergeñarlos. Hoy es casi fin de año y, medio aburrido ante el vacío de las horas de vacaciones, y un poco sentimental, miro hacia atrás y siento el extraño deseo de hablar de la vida tal como transcurre a través de mi yo personalísimo. Cuando se intenta hacer un balance de lo pasado se sorprende que uno ve con perspicacia las cosas y las gentes encontradas en el camino, pero no se ve uno a sí mismo. Debe reconocer, eso sí, que tanto las circunstancias como los hombres han hecho más beneficio que daño; que se ha gozado más que sufrido... pero con cosas tan pequeñas como gozar de un atardecer o mordisquear una hierba.

En esta época de holganza y de festejos, si se da uno a reflexionar, se exacerba –paradójicamente– el individualismo; un individualismo consciente y concertado, como un deseo de reafirmar el cultivo del alma según las ideas más personales. Dada la flexibilidad que hay en los recursos del ser humano, es la costumbre, más que la naturaleza propia, lo que marca las diferencias en categoría, hábitos y saberes: en edades, género y hasta en las diversas especies, hay más proximidades que diferencias: niño o anciano, hombre o mujer, animal o bípedo que habla y trabaja con sus manos, para todos es común el infortunio y la dulzura de existir. Para todos existe la bruma, la lluvia, el sol, el mar, el aire y el agua; eso basta? Posiblemente, pero debemos reconocer que nunca somos más felices que en la exaltación; aunque inclusive en la exaltación, el placer se intensifica con el análisis. Y eso que se llama sentimiento se multiplica también con el análisis.

Del culto del yo al nacionalismo no hay ruptura y se percibe asimismo, en estos días de satisfacción y alegría, una solidaridad con los conciudadanos –especialmente los médicos– a quienes se envía un augurio para su realización completa y felicidad justa e interminable el próximo año.

Hay siempre dos grandes motivaciones para nuestros actos: el atractivo casi vertiginoso que ofrecen algunas posibilidades (como el amor), y el atractivo que ofrece el quebrantamiento de la costumbre o de la regla y la norma (no sólo para las faltas mayores o delictivas, sino para la experimentación, la indagación y el descubrimiento).

En mi juventud tuve oleadas de misticismo, pero más platónico que cristiano: acercarme a la perfección, ser activo por

desprendido y pasivo por cordura, no por debilidad. Evité con facilidad el pecado mortal de la pasión llevada al límite: no evolucioné de ella al odio, al rencor o peor a la indiferencia irritada. Por otra parte, recuerdo incidentes que sirven para confirmar lo extraño que es toda existencia.

Procuraba no asombrarme ni quejarme mucho de nada y, ocasionalmente, constatar el gris sobre gris, que suele ser la vida cuando se la observa desde fuera, pero nunca cuando se es vista desde adentro. Cuando joven, como la totalidad, estimaba que hay que vivir sin prejuicios en cuanto a los sentidos, pero siempre convine en evitar las obsesiones ficticias, resultado de la moda o de un entusiasmo adquirido, postizo. El secreto de los fuertes es el saber constreñirse, limitarse, ponerse frenos y a la vez estimularse.

Es fin de año y la nostalgia nos hace presa. Nada es más noble que detenerse. Pero en el siglo XX el hombre aprendió con gran dificultad a moderar su paso, a serenar su marcha y pocas veces supo concederse una pausa. Todo a su alrededor se precipitaba y se desvanecía. Como esta época es tradicionalmente apropiada para el reposo, para la fraternidad y la reflexión, o tal vez para simplemente soñar, me dejo ir: doy vueltas con la tierra, ella inconsciente de sí misma y yo como único pasajero, deslizándome por un manto de nieve sin otras huellas que las de pájaros que graban estrellas al posarse en ella; o vagabundo por un océano amplísimo y tranquilo donde surge a veces el chorro de una ballena o el salto gozoso de un delfín. Es un silencio magnífico de voces y de herramientas humanas. En resumen, me encuentro en un mundo donde el hombre no estorba todavía.

Pero pronto aparecerá el depredador-rey, el asesino de árboles, cazador de animales y estrangulador de aves con sus trampas. Con todos sus poderes, es una anomalía en el conjunto de cosas. Ha tenido varias apariencias: al principio era el bruto peludo que blande un fémur de bisonte, o el hombre que vaga en paz por el jardín del paraíso, o el Adán de Miguel Ángel que despierta al contacto del dedo de Dios. Ese bruto habita todavía en nosotros, al lado de Prometeo, que aportó el fuego, al lado de los curiosos que aprendieron a distinguir las plantas alimenticias de las venenosas o de las que provocan extraños sueños; de los que vieron que las estrellas dan vuelta alrededor y que el propio Sol se desplaza al Sur o al Norte en verano o invierno; el bruto que inventó la escritura, el libro, la pintura y la música, el placer y la pena; a veces fanfarrón, otras melancólico; a veces desnudo, otras

portando espada, en busca de querella o de fortuna; otras todavía en shorts de deportista o cargando libros eruditos; en ocasiones en disputas familiares, pedigüeño o generoso; en ocasiones disertando sobre temas de pocos conocidos y otras por último, más distendido, rodeado de bellas mujeres o postrado ante efigies sobrenaturales, consideradas semi-divinas y urdiendo guerras implacables contra los que oran a otros dioses.

En fin, la humanidad es la humanidad y las generaciones son monumentos arquitectónicos, periódicamente restaurados, etiquetados y maquillados pero en su interior los mismos. Ha habido lo que se llaman “los clásicos”, recomendados a todo el mundo, de los que importan menos sus méritos intrínsecos que la familiaridad que se les tenga y que dan acceso a un club restringido, soporte del arte de pensar y, a veces, de existir. Las costumbres han cambiado poco, por más que se les tape con hipocresía: la antigüedad, tan admirada por tantos, no fue el paraíso de los sentidos que su arte hizo pensar; el burgués recatado siempre estuvo presente y los dioses paganos resultaron no peligrosos ni para los padres de la iglesia que, durante su opulencia, los rescataron y colecccionaron. El paisaje de la sociedad que ahora contemplamos hastiados y refunfuñando es el mismo de siempre, pero ahora revestido de tecnicolor en “fotografías artísticas”.

Llego al punto reiterativo de mi queja contra la modernidad, pero me refreno de mi hábito y no repito la cantinela de

Venecia roída por la contaminación química o Florencia víctima de la erosión por la lluvia ácida.

¿Una conclusión de aguinaldo? Que si no vivimos los mejores tiempos, como quería el Cándido de Voltaire, tampoco son los peores de la historia. Vivimos un anacronismo que demuestra que nada termina: las guerras de religión, la tortura medieval, el hacinamiento social y moral que creíamos superados, siguen presentes. Estamos sometidos al repiqueteo publicitario, nacional e internacional que es una forma del colonialismo también supuestamente vencido.

En los días presentes, aquí en México, hay algo que ensombrece la visión y casi impide augurar venturas y felicidad a los amigos y en general al prójimo para el año de 2006: los aspirantes a puestos políticos nos aburren y secan cualquier optimismo que pudiéramos abrigar; se vuelven antipáticos por no percibir que, al ponerse en manos de los mercadólogos, toda su publicidad es contraproducente y en lugar de exaltar su imagen, la anulan, la desinflan y provocan el rechazo burlón del producto anunciado. Y como añadido, la voracidad acumulativa de los que tienen dinero y la dictadura del mercado que no pueden pasarse por alto, pues se hacen presentes en todo momento, no sólo afectan sino que destruyen la sociedad y nos vuelven la vida imposible a los soñadores. Por mi edad y por haber sido, en un tiempo anterior, taurófilo tenaz y pertinente, quisiera repetirme ahora la lección que nos dio Rodolfo Gómez: retirarse a tiempo y con seriedad.

